

«Una historia trepidante e increíble, si no fuera porque es real».

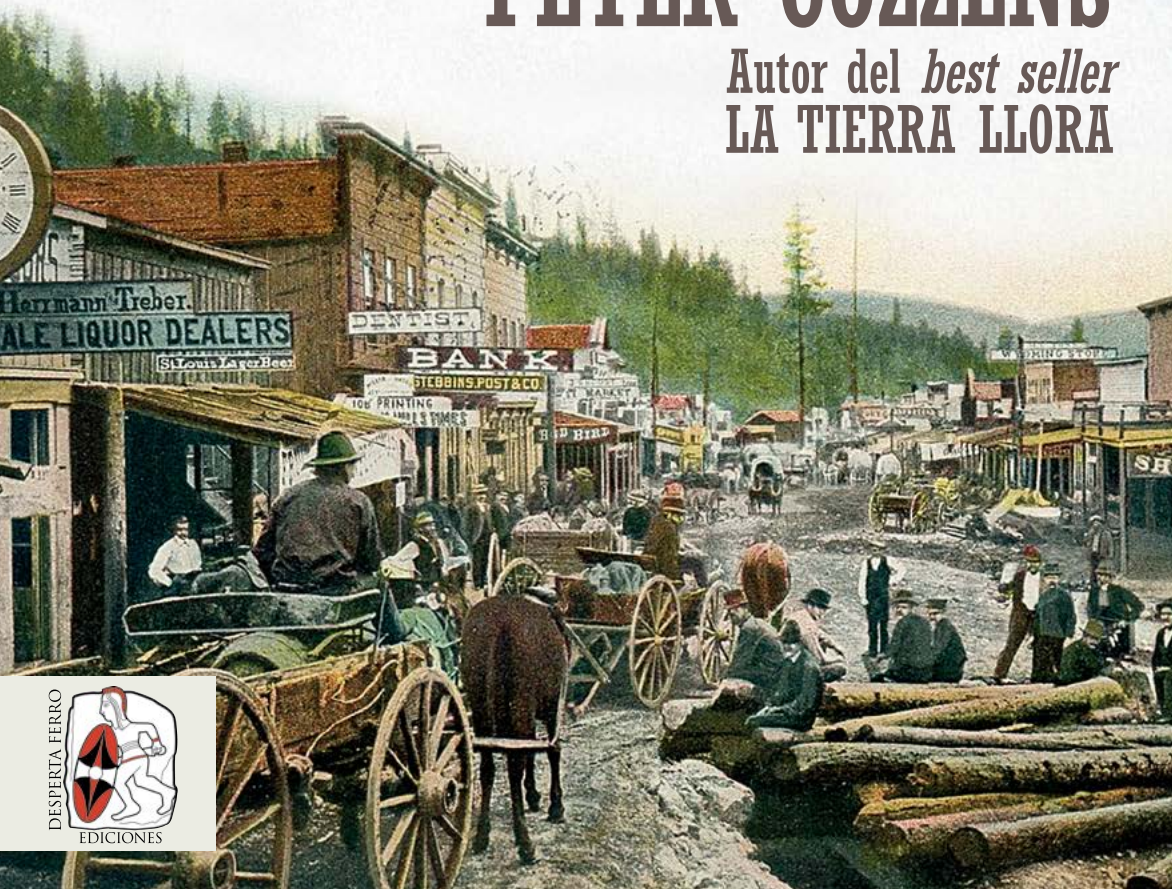
The Washington Post

DEADWOOD

ORO, REVÓLVERES Y WHISKY EN EL SALVAJE OESTE

PETER COZZENS

Autor del *best seller*
LA TIERRA LLORA



«Brillante. Emana la batahola de la célebre ciudad del salvaje Oeste».

Kirkus Reviews

«Un maestro historiador se enfrenta a la mística de las ciudades más salvajes del salvaje Oeste y el resultado es una narración rápida, soberbiamente escrita y marcada con los habituales golpes cómicos de Peter Cozzens. Un equipo soñado de fabulosos personajes –*Wild Bill* Hickok, *Calamity Jane*, Caballo Loco, Seth Bullock, George Hearst, *Al Swearingen*– ayuda al autor a crear una maravillosa historia verdadera de engaño, codicia y violencia mucho más extraña que cualquier ficción. ¡La historia del Oeste sin adornos!».

Paul Andrew Hutton, autor de *Las Guerras Apaches*
y *The Undiscovered Country*

«Cozzens da vida a la ciudad, pero no solo se centra en el apogeo de Deadwood: su historia abarca siete décadas que comienzan en los años anteriores a Deadwood y se adentra en el siglo XX. Aunque el libro, seguramente, llamará la atención de los lectores que disfrutaron de la serie de HBO *Deadwood* –muchos de los personajes de la serie, como Bullock y Swearingen, se basaron en personas reales–, su enfoque más amplio lo hace perfecto para cualquiera que disfrute aprendiendo acerca de la emocionante historia del Oeste americano».

Booklist

«La verdadera sangrienta y turbia historia del Deadwood auténtico. Si pensó que la serie de televisión homónima de HBO, creada por el brillantemente alocado David Milch, era hiperbólica, agárrese. Los personajes de televisión eran todos reales y están todos aquí. El *Deadwood* de Milch es shakesperiano; el de Cozzens es absolutamente verificable y, sin embargo, no pierde nada de rigor. Una historia trepidante e increíble, si no fuera porque es real».

Carl Hoffman, *The Washington Post*

«¿Cómo un lugar tan pequeño y remoto llegó a ser tan grande en la tradición y el mito norteamericanos? Con el ingenioso libro de Peter Cozzens obtenemos la respuesta. En estas punzantes páginas se puede oler el *whisky*, el humo del cañón, los caballos enjabonados, el polvo de oro y las sustancias de las minas. Empiezas a ver Deadwood como algo más, como un núcleo de cruda avaricia y auténtica ambición que refleja los mayores impulsos estadounidenses que aún perduran. Deadwood no ha muerto. Vive en la leyenda, en las películas y los programas de televisión del Oeste y, ahora, en las páginas de una buena narrativa de no ficción tan atractiva como su tema».

Hampton Sides, autor superventas de *The New York Times*
de los libros *Blood and Thunder* y *The Wide Wide Sea*

«Qué simbiosis tan perfecta: uno de los cronistas del salvaje Oeste americano más exquisitos que explora la ciudad más notoria de la época. A lo largo de *Deadwood*, Cozzens nos ofrece una nueva historia y detalles apasionantes para pintar un vívido retrato de los coloridos personajes que, en solo tres cortos años, dejaron la impronta de esta pequeña pero infernal comunidad minera de Dakota del Sur en la historia colectiva. Ejemplar en todos los aspectos, gracias a las habilidades narrativas del autor, Deadwood vive de nuevo».

Tom Clavin y Bob Drury, autores superventas de
Blood and Treasure y *Throne of Grace*

«En su animado pero matizado libro, Peter Cozzens batea la historia del *boom* de la fiebre del oro mientras tamiza algunos conceptos populares erróneos. El relato de Cozzens, profundamente investigado, sigue a algunos de los peculiares personajes asociados con la ciudad, entre ellos al villano propietario del salón Al Swearingen, cuyo principal talento, escribe Cozzens, era “explotar la depravación por un puñado de dólares”».

Gerard Helferich, *The Wall Street Journal*

DEADWOOD

DESPERTA FERIA



EDICIONES

DEADWOOD

ORO, REVÓLVERES Y WHISKY
EN EL SALVAJE OESTE

PETER COZZENS

DESPERTA FERRO



EDICIONES

Deadwood
Cozzens, Peter
Deadwood / Cozzens, Peter [traducción de Ricardo García Herrero].
Madrid: Desperta Ferro Ediciones, 2026 – XXX p.; 23,5 cm – (Historia de América) – 1.ª ed.
D. L: M-5768-2026
ISBN: 979-13-990788-1-7
94(73)(78)“1770/1879”
553.41

DEADWOOD

Oro, revólveres y whisky en el salvaje Oeste
Peter Cozzens

Copyright © 2025 by Peter Cozzens
ISBN: 978-0-5935-3785-5

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form. No part of this book may be used or reproduced in any manner for the purpose of training artificial intelligence technologies or systems. This work is reserved from text and data mining (Article 4(3) Directive (EU) 2019/790).

This edition published by arrangement with Alfred A. Knopf, an imprint of The Knopf Doubleday Group, a division of Penguin Random House LLC.

Esta edición se publica según el acuerdo con Alfred A. Knopf, sello de The Knopf Doubleday Group, división de Penguin Random House LLC.

© de esta edición:

Deadwood

Desperta Ferro Ediciones SLNE
Paseo del Prado, 12 - 1.º derecha
28014 Madrid
www.despertaferro-ediciones.com

ISBN: 979-13-990788-1-7
D.L.: M-5768-2026

Traducción: Ricardo García Herrero
Diseño y maquetación: Raúl Clavijo Hernández
Cartografía: Mapping Specialists Ltd., adaptada por Desperta Ferro
Coordinación editorial: Mónica Santos del Hierro

Primera edición: abril 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados © 2026 Desperta Ferro Ediciones. Queda expresamente prohibida la reproducción, adaptación o modificación total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento ya sea físico o digital, sin autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo sanciones establecidas en las leyes.

Impreso por: Anzos

Impreso y encuadernado en España – *Printed and bound in Spain*

Para Eric, Brittany y Brian

DESPERTA FERRO



EDICIONES

«El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones y no hay mejor ilustración de ello que el trato del Gobierno y el pueblo estadounidenses hacia los indios. Las Black Hills entregarán sus tesoros en oro y apenas se echará en falta a los sioux en la marcha del progreso y la riqueza. Sin embargo, el anglosajón sería un hombre más sabio y mejor si se preocupara un poco más por las otras razas y un poco menos por sí mismo».

Edwin Curley, *Curley's Guide to the Black Hills*

«Los indios podrían haber habitado las Black Hills durante siglos y el único cambio habría sido el que obrara la propia naturaleza. Pero, en solo tres años, los hombres blancos han destruido hasta tal punto sus atractivos naturales que ni los indios ni los animales salvajes elegirían ahora este lugar para vivir. Las colinas están desnudas [...] los barrancos excavados y arrasados y todo por un oro que no es más que codicia. Y de la más miserable, además».

Enviado especial, *Green Bay Advocate*, 1 de mayo de 1879

«Enamorado estoy de los nombres americanos,
nombres rotundos que nunca fatigan,
ásperas concesiones mineras como piel de serpiente,
tocado de plumas guerreras en Medicine Hat,
en Tucson y Deadwood y en Lost Mule Flat».

Stephen Vincent Benét, «Nombres americanos»

ÍNDICE

Agradecimientos	XI
Prólogo	XIII

PRIMERA PARTE

Visiones de Deadwood (*ca.* 1770-abril de 1876)

1	Pahá Sápa	1
2	El nuevo El Dorado	15
3	No hay venta	27
4	Oro en el barranco	45

SEGUNDA PARTE

Una ciudad de oro (mayo de 1876-febrero de 1877)

5	La ciudad del Centenario	69
6	Mentiras y leyendas	93
7	«Cómete esa, maldito seas»	111
8	El ocaso lakota	125
9	El influjo de Montana	145
10	El Día del Jubileo	159
11	Un crudo invierno	169

TERCERA PARTE

Una adolescencia agitada (marzo-diciembre de 1877)

12	Déspotas y novatos	193
13	El barrio chino de Deadwood	231
14	Los forajidos de las Black Hills	247
15	La ciudad más diabólica sobre la faz de la tierra	267
16	Capitalistas de San Francisco y <i>palomas manchadas</i>	285
17	Ajustes de cuentas	301

CUARTA PARTE

De la adolescencia a las cenizas
(enero de 1878-septiembre de 1879)

18	La mayoría de edad	325
19	El carro blindado	341
20	Un lugar consolidado	357
21	La gran guerra del agua	373
22	Viernes Negro	385
Epílogo		397
Bibliografía		407
Créditos de las ilustraciones		425
Índice analítico		427

EDICIONES

AGRADECIMIENTOS

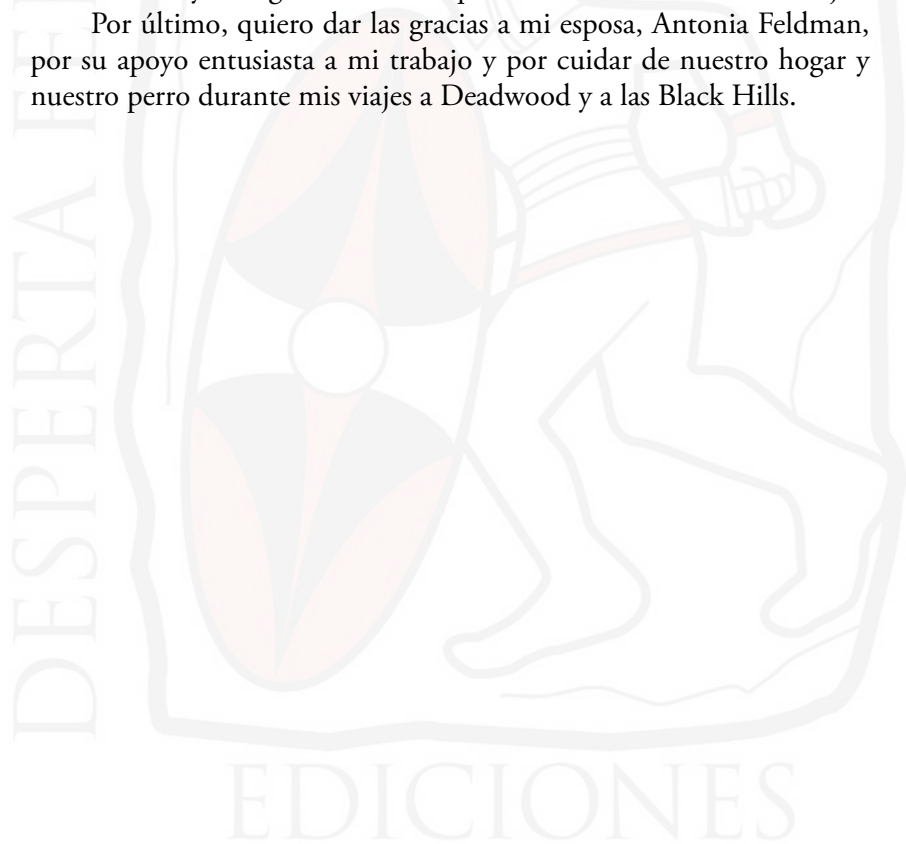
Escribir *Deadwood* ha resultado de lo más entretenido. Aunque fue la fascinante serie homónima, producida por HBO, lo que despertó mi interés por el asunto, después me encantó descubrir que la historia real —la serie de televisión se tomó considerables libertades tanto con los protagonistas como con los acontecimientos— la superaba en dramatismo y emotividad.

Habría sido imposible escribir este libro sin la ayuda de varias personas dedicadas a preservar la verdadera historia del Deadwood primitivo. Mi más sincero agradecimiento a Rose Speirs, directora de comunicaciones de Deadwood History Inc., y a Tia Stenson-Cunningham, archivera. Ambas me regalaron generosamente su tiempo, conocimientos y recursos. Permítanme también recomendar a Deadwood History Inc. Además del archivo, con su magnífica colección de fotografías y manuscritos del antiguo Deadwood, el organismo gestiona tres excelentes museos que difunden la historia primitiva del pueblo: el Adams Museum, el Days of '76 Museum y el Brothel Deadwood. Este último no funciona como burdel; los agentes federales clausuraron en 1980 los últimos prostíbulos de Deadwood. Pero el hecho de que este comercio se practicara legalmente allí durante tanto tiempo, sin duda, habría complacido a la primera madama del pueblo, Mollie Johnson, y a sus compañeras.

También quiero dar las gracias a Lily Sjomeling, archivera y bibliotecaria de investigación en la Deadwood Public Library, por ayudarme con el material de la excelente Centennial Archives Collection depositado en la biblioteca; así como a Michael Runge, archivero del pueblo, que compartió conmigo sus profundos conocimientos acerca de la historia de la localidad y además me guio a través del fondo documental del municipio, denominado Seth Bullock Papers.

Estoy profundamente en deuda con mis buenos amigos los historiadores S. C. Gwynne, Bob Drury y Jim Rasenberger. Ellos leyeron el manuscrito y me hicieron valiosos comentarios y sugerencias que han hecho que este libro sea mucho mejor de lo que habría sido. Mi perspicaz editor en Knopf, Todd Portnowitz, resultó fundamental para llevar *Deadwood* a un nivel superior. Sus consejos me permitieron contar la historia con mayor riqueza, claridad y profundidad. Por ello, le estoy profundamente agradecido. También le doy las gracias a Ingrid Sterner, una correctora excepcional que me salvó de cometer más errores en el manuscrito de los que estoy dispuesto a confesar. Mi sincero agradecimiento a mi agente y querida amiga, Deborah Grosvenor, quien también contribuyó, en gran medida, a que *Deadwood* fuera un libro mejor.

Por último, quiero dar las gracias a mi esposa, Antonia Feldman, por su apoyo entusiasta a mi trabajo y por cuidar de nuestro hogar y nuestro perro durante mis viajes a Deadwood y a las Black Hills.



PRÓLOGO

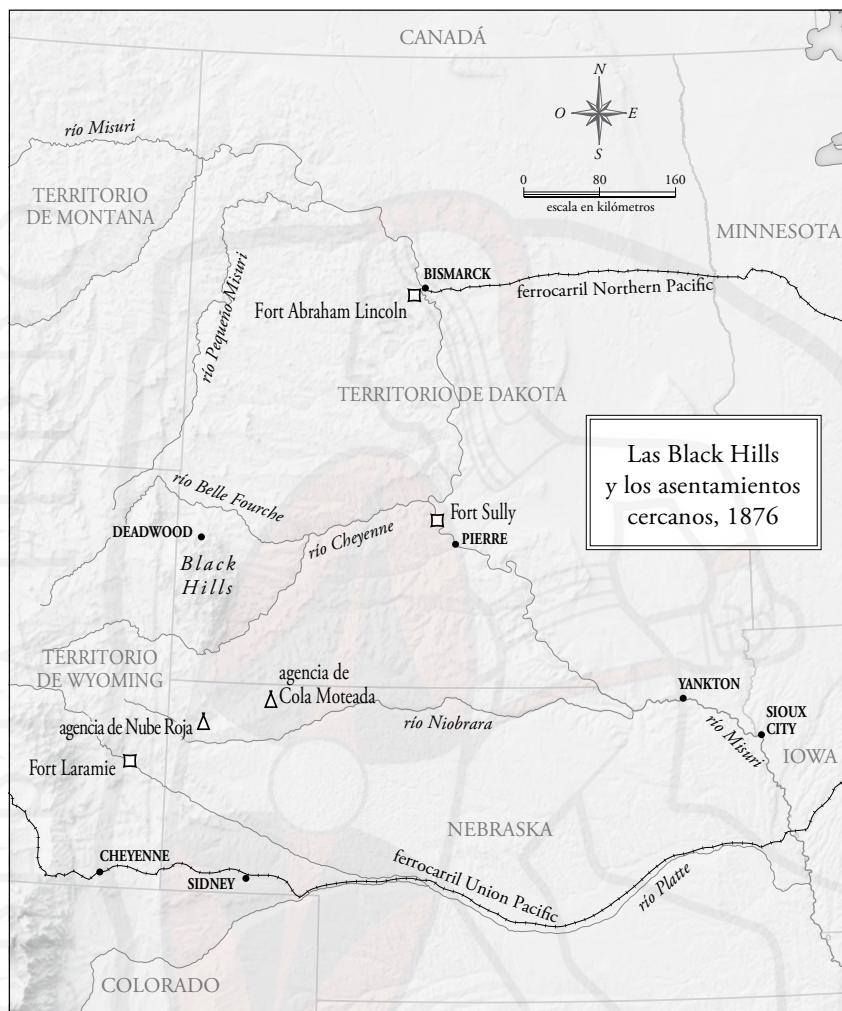
Barro y moscas. Ese mediodía del 2 de agosto de 1876, James Butler Hickok avanzaba penosamente por el lodazal que en Deadwood hacía las veces de calle principal [Main Street]. El nombre le venía como anillo al dedo a aquel lugar,* un asentamiento minero ilegal enclavado en las Black Hills, las tierras sagradas de la nación lakota.

Miradas acres se posaron sobre Hickok. Desde las cabañas y las chozas, desde las tiendas con falso frente o los salones de tablones de madera, la gente lo escrutaba curiosa. Imposible confundir a aquel hombre de metro ochenta, cintura estrecha, hombros fornidos y pulcritud en el vestir, con su melena castaña rojiza al viento y su gran bigote del color de la arena. Imposible no reparar en aquellos dos revólveres Colt Navy enfundados con las cachas vueltas hacia el frente. Su imagen había aparecido en la portada de la revista más popular del país. Él era, en las novelas baratas,** el arquetipo del hombre de frontera, así como inigualable la reputación de sus hazañas con el machete o la pistola.

Mineros y comerciantes, jugadores y prostitutas, todos se hacían la misma pregunta. ¿Qué pintaba allí *Wild Bill*, el pistolero legendario de quien se decía haber matado a más de cien hombres? ¿Acaso el antiguo *sheriff* venía a alterar la cómoda anarquía de sus campamentos mineros? ¿Pretendía pacificar aquel pueblo fundado apenas tres meses antes del mismo modo sangriento que empleó en Abilene, en el estado de Kansas?

* N. del T.: Literalmente, *deadwood* significa «madera muerta».

** N. del T.: *Dime novels*, o «novelas de diez centavos», era literatura popular estadounidense publicada desde mediados del siglo XIX hasta principios del XX accesible para la clase trabajadora.



Para nada. En todo caso, si con algo quería acabar *Wild Bill* Hickok era con una botella de *whisky*. Beber, jugar y algo de búsqueda de oro —esto sin demasiado entusiasmo— había sido su única rutina durante las tres semanas transcurridas desde que había llegado a Deadwood. Acampaba entre la maleza espesa de los arrabales del pueblo. Dormía con la camisa, los pantalones y las botas puestos y, esa mañana, se había despertado tarde en una cama improvisada sobre la caja de una carreta: un par de lingotazos para el cuerpo y, después, a desayunar junto al fuego con su «compañero» *Colorado Charlie Utter* y otros tres o cuatro

amigos. Al acabar se sacudió los faldones de la levita príncipe Alberto,* vació sus dos Colt Navy en un álamo, los cargó de nuevo y enfundó, terminó de vestirse, se caló su característico sombrero negro y puso rumbo al pueblo.

Hickok portaba armas solo como defensa. Atrás habían quedado sus días de gatillo fácil provocando tiroteos y lo sabía. Aunque apenas contaba 39 años, su aguda vista —cualidad indispensable en un pistolero— empezaba a fallarle. Mostraba un aire sombrío y apático que su trago matutino de *whisky* apenas lograba aliviar. Tal vez encontrara oro y pudiera enriquecerse lo suficiente como para construir un hogar donde vivir él y su pudiente esposa. Tal vez la suerte le sonriera por una vez. En cualquier caso, el orgullo le impedía vivir de la caridad de su mujer. Al fin y al cabo, aquello era el lejano Oeste y Deadwood el final de trayecto: o lo conseguía en aquel sitio o moriría en el intento.

Tras recorrer unos cientos de metros de barrizal, Hickok giró a la izquierda en Main Street y entró en el estrecho Saloon n.º 10, de unos veinte metros de fondo, construido con troncos de pino labrados. En el interior cambió el tufo asfixiante a vísceras, orina de animal y estiércol por otro olor más tolerable a tabaco y sudor mezclado con el dulzor de la madera de pino. Es probable que le hiciera daño a los ojos la luz de gas que ardía en las cuatro lámparas del local. Entornó la mirada en dirección a los jugadores hasta dar con un taburete vacío en una de las mesas y se unió a la partida. *Wild Bill* quería el asiento junto a la pared, su sitio preferido en cualquier lugar cerrado, pero el joven que lo ocupaba se negó a cederlo. Los otros dos compañeros le aseguraron que estaba entre amigos, por lo que *Wild Bill* lo dejó estar y se sentó de espaldas a la puerta trasera. Por espacio de tres horas, los hombres jugaron concentrados por polvo de oro, el principal medio de intercambio en Deadwood.

Tal vez Hickok se percatara, llegadas las tres de la tarde, de un tipo desaliñado y de baja estatura que, con un sombrero calado hasta los ojos, entraba en el *saloon* y se acercaba hasta él con sigilo por el mostrador de seis metros. *Wild Bill* le había ganado la noche anterior en el póquer, para después descubrir que la bolsa de gamuza de aquel jugador no contenía suficiente oro con el que cubrir la apuesta perdida. Tras aconsejarle que nunca volviera a jugarse más de lo que tenía, Hickok le ofreció algo de calderilla para que se comprara comida,

* N. del T.: Levita cruzada con dos hileras de botones y solapas forradas total o parcialmente en seda.

pero el hombre, que se hacía llamar Bill Sutherland, rechazó desabrido el dinero y se marchó.

Ahora había vuelto, esta vez con un revólver de percusión Colt Navy calibre 36 metido en los pantalones. Era un arma vieja y poco fiable que fallaba más de la cuenta, pero el modelo resultaba muy habitual en las llanuras por ser barato, lo único que podía permitirse un buscavidas errante de 24 años cuyo verdadero nombre era Jack McCall.

McCall se acercó hasta la báscula de polvo de oro situada al final de la barra. Vaciló un momento y luego se situó en el punto ciego de *Wild Bill*, a pocos pasos de la puerta trasera. Este, mientras tanto, arrojó las cartas sobre la mesa con aire desolado. «El viejo bobo —soltó refiriéndose al jugador que acababa de derrotarlo—, acaba de hundirme con esta mano». Fue en ese instante cuando McCall se dio la vuelta, llegó hasta Hickok, desenfundó su destartelado revólver, apuntó a la nuca de *Wild Bill* y gritó: «Cómete esa, maldito seas». Y apretó el gatillo.¹



¿Por qué Deadwood? ¿Qué atraía a gente como *Wild Bill* Hickok a aquel naciente pueblo minero? La esperanza, la codicia y la oportunidad de empezar desde cero. Tres años antes, el Pánico de 1873 había desencadenado una crisis económica devastadora. Las industrias cerraban y se disparaba el desempleo. Los ferrocarriles quedaron inactivos; los precios agrícolas sufrieron un desplome generalizado. En el Medio Oeste, los cielos se vieron ensombrecidos por nubes de langostas de proporciones bíblicas que arrasaron la tierra. Había pasado una década sin que aparecieran nuevos yacimientos de oro y el país ansiaba una bonanza que ofreciera la oportunidad de una renovada prosperidad.

En el otoño de 1874, el teniente coronel George Armstrong Custer despertó el interés del público con un rayo de esperanza: había descubierto oro en las Black Hills de las actuales Dakota del Sur y Wyoming, unas tierras que, según los tratados en vigor, pertenecían a los lakotas. Sin embargo, los derechos de esa tribu significaban bien poco para el hombre blanco común. Como dijo con sorna un buscador de fortuna desempleado, «un hombre no puede quedarse cómodamente sentado junto al fuego cuando hay oro en las colinas a apenas quinientas millas de su puerta».

A medida que los novatos llegaban a las Black Hills, se agrupaban en torno al yacimiento de Deadwood Gulch, que prometía las excavaciones más fáciles y rentables, así como en los valles y arroyos vecinos.

Un hombre podía vivir allí una década en un año. Trabajando a un ritmo febril, los mineros extrajeron cientos de miles de dólares en oro de los lechos de los arroyos y depósitos de grava. Comerciantes, jugadores, taberneros, rameras, forajidos y buscadores de aventuras acudieron en masa al lugar. En menos de cinco meses desde el primer hallazgo se habían levantado más de doscientas construcciones de madera de falso frente y así nació Deadwood, el bullicioso epicentro de los distritos mineros situados en las Black Hills.

El país observaba los acontecimientos con igual fascinación por lo noble y lo morboso. *The New York Times*, *Harper's Weekly* y otros importantes medios nacionales escribían regularmente acerca de Deadwood y el autor de novelas populares más conocido de su tiempo creó el personaje de ficción Deadwood Dick para emocionar a los lectores de la costa este con las supuestas peripecias que tenían lugar en las distantes y peligrosas Black Hills.

El escenario resultaba ideal para las aventuras. A diferencia de otros pueblos fronterizos, Deadwood no era simplemente un lugar donde merodearan los forajidos, como ocurría en Tombstone o Dodge City, sino que era, en sí misma, una corporación fuera de la ley: no formaba parte de ningún territorio estadounidense ni estaba sujeta a las leyes o al Gobierno federal. Los tiroteos y las venganzas definían la imagen pública de Dodge City y Tombstone, pero Deadwood llegó a representar no solo el peligro, sino también el sueño de amasar grandes fortunas de la noche a la mañana, un atractivo que las otras dos poblaciones no podían igualar. En sus primeros días, Deadwood y sus habitantes eran intrusos ilegales en tierras que el Gobierno federal había declarado como propiedad exclusiva y perpetua de los pueblos indígenas americanos. Ninguna otra comunidad del Oeste creció sobre unos cimientos tan inestables.

Deadwood constituía una afrenta blasfema para los lakotas, como lo era toda presencia blanca en las Black Hills. La situación no era sostenible por mucho más tiempo. Por ello, a principios de 1876, el presidente Ulysses S. Grant ideó un plan para recompensar a los intrusos blancos y, en cambio, arrebatar las Black Hills a sus legítimos propietarios indígenas. Él y una camarilla gubernamental de ideas afines provocaron en secreto la Gran Guerra Sioux, la mayor y más sangrienta de todas las contiendas indias en el Oeste americano. Deadwood se había vuelto una isla en un mar de lakotas hostiles.

No sorprende que el aislamiento de Deadwood alimentara una mayor anarquía. Aunque había otra cara de la moneda: ese carácter

apartado fomentó la autosuficiencia. Alimentó los mejores instintos de la mayoría de los residentes del pueblo y creó un espíritu de cooperación y armonía racial único en la frontera que, más allá de la crisis india inmediata, llegó a caracterizar a esta localidad de manera tan profunda como los violentos ataques acráticos que la tornaron infame. La decencia pugnaba con la conveniencia, la moralidad se enfrentaba a los vicios más bajos y los blancos –incluidos antiguos combatientes de la Guerra de Secesión por ambos bandos–, negros y chinos se mezclaban con una facilidad poco habitual en aquella época mientras los indios nómadas y los asaltantes de diligencias que merodeaban por la zona hacían precaria la vida cotidiana.

Por tanto, el Deadwood de aquellos primeros tiempos llegó a encarnar lo mejor y lo peor del Oeste y del espíritu de la joven nación y los tres años transcurridos entre su fundación y el incendio que dejó devastado el Deadwood de los pioneros constituyen un buen resumen de la experiencia americana. De su historia surgen verdades perdurables en torno a los afanes humanos por crear orden a partir del caos, un bien mayor surgido de la codicia individual y seguridad a partir de la violencia. El incendio que destruyó el pueblo original reflejó los límites de la comunidad y su incapacidad para tomar medidas que mitigaran futuras calamidades.

Por desgracia, el Deadwood de las novelas baratas eclipsó una cruda realidad que el lector no debe perder de vista: tanto la localidad real como su trasunto literario fueron contruidos sobre tierras robadas a los indios, como ocurre con gran parte de nuestro romanticismo del Oeste, que conserva su encanto y atractivo solo mientras decidamos ignorar voluntariamente sus pecados fundacionales.

Deadwood: Oro, revólveres y whisky en el salvaje Oeste es el primer libro dedicado a contar la historia de aquella primitiva Deadwood. Y, además, aborda temas atemporales como la raza y el sexo, el crimen y el castigo, la religión y el ocio, así como la vida cotidiana, de una manera que, espero, sumerja a los lectores en las imágenes, sonidos, sabores y olores del Oeste fronterizo. Usted, el lector, podrá ponerse en la piel de los diversos personajes que poblaron Deadwood durante la fiebre del oro. Aprenderá –lo espero de verdad– cómo una sociedad fronteriza renegada, reducida a lo más básico, sin más ley que la supervivencia y sin más protección que la que la propia comunidad podía darse a sí misma, logró perseverar e incluso prosperar.

La trágica desaparición de la sociedad india lakota provocada por la ocupación blanca de las Black Hills debe llevarnos, no obstante, a

atemperar nuestra euforia. El lúgubre trasfondo de una guerra forzada, y de los tratados coercitivos que les arrebataron sus tierras y socavaron su modo de vida, ofrecerá a los lectores un recordatorio aleccionador del elevado coste humano que tuvo la expansión de Estados Unidos hacia el oeste, coste que ni siquiera los *deadwooditas* –como llamó a los habitantes del pueblo el redactor jefe de un periódico local– con las mejores intenciones llegaron a contemplar.

Muchos de los personajes más destacados de *Deadwood*, como la emblemática pareja formada por *Wild Bill* Hickok y Martha Jane *Calamity Jane* Canary, resultarán familiares a los espectadores de la magnífica –y cruda– serie homónima de HBO, o a quienes tengan al menos un conocimiento superficial del Oeste americano. Al leer estas páginas, sin embargo, puede que descubran a un *Wild Bill* y a una *Calamity Jane* que no habían imaginado. Otros personajes, aunque nuevos para muchos lectores, resultarán no menos apasionantes que sus contrapartes más conocidas. La verdadera naturaleza de varias de esas figuras históricas que hicieron de la serie *Deadwood* producida por HBO un éxito comercial y de crítica tan rotundo sorprenderá a los lectores, como me ocurrió a mí. Sus acciones ayudaron a forjar la leyenda que creció en torno al pueblo y ellos fueron, a su vez, moldeados por ella.

Deadwood tenía vida, espíritu y alma propios y como ciudad-protagonista, es el personaje principal de este libro. La saga de su devenir histórico se divide en cuatro partes que corresponden a la concepción, el nacimiento, la volátil adolescencia y la temprana muerte entre las llamas de aquel pueblo como experimento fronterizo. Los escritores de novelas populares y los periódicos del este ofrecían a los lectores un *Deadwood* de vida perversa, espíritu maligno y alma corrompida, un Mammón decimonónico que se alimentaba de la avaricia de sus habitantes. Tampoco era de extrañar: la prensa sensacionalista de entonces, como la de ahora, buscaba titulares. El verdadero *Deadwood* era un lugar mucho más complejo.

Si bien la azarosa vida de esta caótica y legendaria población –la que refleja el imaginario del western– solo duró tres años, de 1876 a 1879, es difícil imaginarlos más llenos de acontecimientos en la historia de una ciudad. Incluso los propios habitantes de la época comentaban que la vida parecía haberse acelerado. En ese breve periodo, *Deadwood* fue testigo del asesinato más célebre de los anales del Oeste, el de *Wild Bill* Hickok; del descubrimiento y explotación de la mayor mina de oro de la historia de Estados Unidos; de dos elecciones; de un desfile de

prostitutas, jugadores, pistoleros, cuatreros y salteadores de caminos, que culminó con el asalto a una diligencia más audaz de la historia del Oeste; así como de un puñado de brutales asesinatos. E igual de importantes fueron los esfuerzos de los agentes de la ley Seth Bullock y *Johnny* Manning, los empresarios *Sol* Star y James K. P. Miller, el actor John Langrishe y muchos otros que lucharon con ahínco por llevar el orden y la paz a la ciudad.

El Deadwood de hoy vive de sus leyendas y trata de separar la verdad de los mitos. Los numerosos casinos que impulsan la economía local tienen a *Wild Bill* como faro espiritual, del mismo modo que los burdeles del pueblo —que florecieron hasta que los agentes federales los cerraron en 1980— se consideraban herederos de *Calamity Jane* y sus compañeras, las llamadas *palomas manchadas*. Los ingresos fiscales procedentes de los casinos permiten llevar a cabo proyectos como la excavación arqueológica del barrio chino de Deadwood y programas destinados a preservar la verdadera historia del lugar. Deadwood tiene la suerte de contar con Deadwood History Inc. —cuyo lema es «Involucrar. Inspirar. Preservar»—, la Centennial Collection en la biblioteca pública de Deadwood y la Deadwood's Historic Preservation Office, instrumentos todos ellos destinados a conservar y poner en valor el pasado de la ciudad.

En un maravilloso diálogo al final del sobresaliente western *El hombre que mató a Liberty Valance*, de John Ford (1962), se expresa un credo que, con demasiada frecuencia, ha guiado la narrativa del viejo Oeste. El heroico protagonista de la película, Ransom Stoddard, acaba de desahogarse y revelar la verdad poco halagüeña escondida tras la leyenda que lo catapultó a la fama y a la primera fila de la política estadounidense. Sin embargo, el periodista rompe el artículo que Stoddard le ha entregado.

—¿Así que no va a publicar la historia? —pregunta un desconcertado Stoddard.

—No, señor —responde el periodista—. Esto es el Oeste, señor. Cuando la leyenda se convierte en realidad, publicamos la leyenda.

Deadwood: Oro, revólveres y whisky en el salvaje Oeste recoge los hechos. Espero que descubra, como me pasó a mí, que la verdad acerca de esta singular localidad del salvaje Oeste resulta una lectura aún más fascinante que cualquier leyenda.

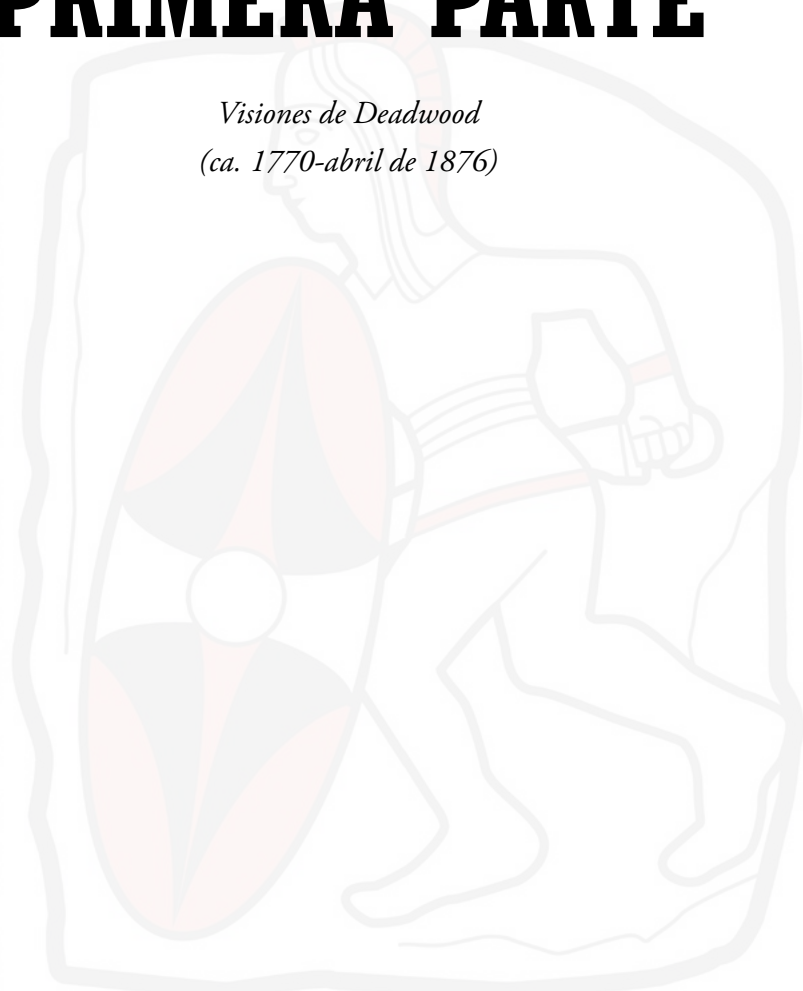
NOTAS

1. *Black Hills Pioneer*, 5 de agosto de 1876; *Cheyenne Daily Leader*, 17 de agosto de 1876; Wright, H. W., 28 de febrero de 1880-13 de mayo de 1880; McClintock, J. S., 2000 (1939), 109; Young, H., 1915, 214, 220-221; Richardson, L. P., noviembre-diciembre de 1965, 21; *Black Hills Pioneer*, 17 de junio de 1876; Turner, T., 2001, 123-126; Clavin, T., 2019, 279; Brown, J. y Willard, A. M., 1924, 406-407; Campbell, P. A., 2017, vol. II; Anderson, J. F., 1980, 118-119; Rosa, J. G., julio de 1967, 6. Algunas fuentes posteriores sugirieron que McCall llevaba el revólver Colt Peacemaker del calibre 45, pero versiones contemporáneas fiables identifican el arma como el antiguo Colt Navy del calibre 36. La naturaleza y el tamaño de la herida de salida también resultaban más coherentes con el arma de menor calibre. Rosa, J. G., *op. cit.*, 24; Wright, H. W., *op. cit.*; Anderson, J. F., *op. cit.*, 119. Para un excelente análisis de la cuestión del revólver, *vid.* Turner, T., *op. cit.*, 199-203.

PRIMERA PARTE

Visiones de Deadwood
(ca. 1770-abril de 1876)

DESPERTA FERRO



EDICIONES

CAPÍTULO 1

PAHÁ SÁPA

Kahnigapi era un oglala lakota de 8 años, pero en modo alguno un niño indio común y corriente. Delgado e introvertido, se debatía entre dos mundos. Voces espectrales le hablaban. Le insinuaban secretos sagrados, pero siempre parecían detenerse antes de revelarlos por completo. Que Kahnigapi tuviera encuentros místicos era de esperar, pues procedía de una larga estirpe de curanderos e intermediarios con lo divino. Su nombre significaba el Elegido. Su primo Caballo Loco le había aconsejado que se sometiera a la voluntad de *Wakan Tanka* —«el Gran Misterio»— siempre que este se le manifestara. La visión que golpeó a Kahnigapi aquel verano de 1872, sin embargo, superó en poder y alcance lo que incluso el más dotado de los curanderos podría haber esperado alcanzar.

Primero llegó un dolor atroz. Kahnigapi y su familia viajaban con su grupo oglala por las aguas familiares del río Greasy Grass (actual Little Bighorn), en el sudeste de Montana, a unos 320 kilómetros al noroeste del futuro emplazamiento de Deadwood, cuando al niño se le doblaron las piernas. Sus amigos lo llevaron al tipi de los padres. Las piernas, los brazos y el rostro de Kahnigapi se hincharon. Una fiebre intensa se apoderó de él. Sentía fuertes palpitaciones en la cabeza, como si se estuviera quemando vivo. Luego vino el delirio. Mientras yacía al borde de la muerte, Kahnigapi contempló a dos guerreros celestiales. Bajaron de las nubes y le pidieron que los acompañara a la morada de los Seis Abuelos, seres celestiales que representaban los seis puntos cardinales de la cosmología lakota y que, juntos, encarnaban al propio Wakan Tanka. Montado en una suave nube blanca, Kahnigapi penetró en el corazón de la rueda medicinal lakota. Allí, atravesó una vertiginosa sucesión de caballos sagrados antes de encontrarse con un semental bayo que lo llevó al tipi de nubes de los Abuelos.

El tipi se alzaba detrás de una puerta arcoíris en la cima del pico más alto del Pahá Sápa o Black Hills [Colinas Negras], el corazón del mundo lakota. En la corona de granito, los Abuelos revelaron a Kahnigapi profecías de congojas futuras —un «temible camino de tribulaciones y guerra»— y le otorgaron los dones que le permitirían salvar a su pueblo de la aniquilación y devolverlo a los confines vitales del aro sagrado de la armonía.

La visión continuó y aquel esplendor en Technicolor se acabó tornando en un remolino de angustia espantosa. Hasta cuatro veces subieron Kahnigapi y los suyos a la cima. Cada ascenso representaba una generación, le dijeron los Abuelos, la tercera de las cuales era la suya. La primera subida resultó fácil. El mundo era verde y todos se veían felices. La segunda fue ya más empinada y los lakotas empezaron a sentir miedo. La tercera se volvió mucho más trabajosa y el pueblo comenzó a dispersarse. El cuarto ascenso fue ya insoportable. El bisonte —el sustento de su gente— desapareció, los lakotas empezaron a morir y surgió una «nueva fuerza». Cuando la visión se disipó, los mensajeros espirituales lo devolvieron al tipi de la familia. El propósito estaba claro: los Abuelos habían elegido a Kahnigapi para guiar a los lakotas hacia una renovación cultural. Ya adulto, el niño elegido pasó a llamarse Alce Negro y, durante los setenta y ocho años que le quedaban de vida intentaría obedecer los dictados de su visión. A su muerte, fue venerado en todo el mundo como uno de los gigantes espirituales de su época.¹

Pero ¿qué era esta «nueva fuerza» que penetraría en Pahá Sápa y trastornaría el mundo lakota? A pesar de su juventud, Kahnigapi intuyó el origen del peligro. Tras recuperarse de la enfermedad, preguntó a su abuelo por la llegada de los temidos *wasichu* —«hombres blancos»— que Kahnigapi había intuido como el verdadero objeto de su sueño. ¿Por qué —preguntó— la palabra *wasichu* se refería antes solo a las vastas manadas de bisontes y en cambio ahora designaba a los blancos, que se acercaban cada vez más a los dominios de los lakotas?

—Porque son muchos —respondió su abuelo—. Demasiados para contarlos, demasiados para comprenderlos.²



Tanto los lakotas como sus aliados indios cheyenes del norte sabían lo que codiciaban los *wasichu*. Era el *mázaska*, el mineral amarillo que los hombres blancos «adoran y que los vuelve locos». Ya, anteriormente, *wasichu* ávidos de oro y plata y aquejados de «manías», «fiebres» e

«histerias» habían causado estragos en tierras indígenas desde las Montañas Rocosas hasta la costa del Pacífico. La locura y el caos habían comenzado en 1848 con la fiebre del oro en California. Entonces, no solo decenas de miles de buscadores habían expulsado a las pequeñas tribus indias de la región, sino que sus caravanas dejaron también largas cicatrices en el territorio lakota al esquilmar el paisaje y diezmar la caza. Después de California, los hallazgos de mineral precioso se extendieron por todo el Oeste. Cada descubrimiento atraía no solo a los jóvenes mineros, sino también a multitud de cantineros, jugadores, comerciantes, prostitutas y toda clase de pícaros dispuestos a servirlos y estafarlos. Entre 1858 y 1861, sucesivas oleadas de buscadores de fortuna cruzaron las llanuras indias hacia nuevos yacimientos de oro en el Territorio de Colorado, lo que dio origen a la ciudad de Denver y desplazó a los cheyenes y arapahoes, muchos de los cuales buscaron refugio entre los lakotas. En 1859, un enorme hallazgo de oro y plata conocido como Comstock Lode dio lugar a campamentos mineros en lo que más tarde fue el oeste de Nevada.

Desde Arizona hasta Idaho y el interior de Washington, grandes concentraciones de buscadores de oro rápidamente se transformaron en nuevas colonias blancas. Algunos de aquellos asentamientos prosperaron y se volvieron permanentes, mientras que otros solo existieron de manera fugaz. Unos pocos mineros hallaron riqueza y otros miles hubieron de regresar a casa con las manos vacías o se convirtieron en vagabundos perpetuos, siempre esperanzados, siempre buscando, pero sin alcanzar jamás el oro con el que soñaban. El mosaico de asentamientos fue desdibujando la frontera entre el *territorio indio* al oeste del río Misuri y la *región civilizada* al este del mismo.³

Mientras los *wasichu* adoradores de la *mázaska* saqueaban el occidente de las Montañas Rocosas, los lakotas ampliaban sus dominios de las Llanuras del Norte. Entre 1861 y 1862 libraron una última guerra con los indios crows por el control de la región del río Powder, en lo que hoy es el norte de Wyoming. Según los términos del Tratado de Fort Laramie (1851), firmado por Estados Unidos y todas las tribus de las Llanuras, la tierra pertenecía a los crows. Sin embargo, la franja de 240 kilómetros de ancho entre las montañas Bighorn y las Black Hills era un territorio privilegiado para la caza del bisonte y los lakotas querían quedárselo. Lo consiguieron en buena medida gracias al liderazgo del guerrero oglala lakota Nube Roja, de 40 años, y al extraño y silencioso joven guerrero oglala Caballo Loco, primo del niño Kahnigapi, el futuro Alce Negro.

Con la derrota de los crows, los lakotas creyeron haber encontrado un hogar lejos del alcance de los blancos codiciosos. Sin embargo, en 1862 se descubrió oro en el sudoeste del Territorio de Montana. Un año más tarde, el empresario fronterizo John Bozeman abrió un sendero que llevaba su nombre hacia esos nuevos yacimientos situados a lo largo de la base oriental de las montañas Bighorn, directamente a través del corazón de los recién ganados cotos de caza. Los viajeros blancos esquilmaron hasta tal punto las manadas de bisontes y antílopes que los lakotas estuvieron a punto de morir de inanición durante el invierno de 1865-1866. Para evitar sus represalias contra el tráfico por el sendero de Bozeman, el Ejército construyó dos fuertes a lo largo de la ruta.

La estrategia resultó contraproducente: en lugar de intimidar a los indios, la presencia de puestos militares en el territorio de Bozeman los enfureció. Liderados de nuevo por Nube Roja y Caballo Loco, los lakotas y sus aliados cheyenes y arapahoes del norte derrotaron al Ejército en un conflicto que duró dos años y que llegó a conocerse como la Guerra de Nube Roja. Cuando el rápido avance del ferrocarril Union Pacific abrió una ruta segura hacia los yacimientos de oro de Montana y las ciudades cercanas, la Administración del presidente Ulysses S. Grant capituló ante la exigencia de Nube Roja de que el Ejército abandonara el territorio del río Powder.

En abril de 1868, los comisionados federales de paz invitaron a Nube Roja para que acudiera a Fort Laramie (Wyoming) a firmar un tratado. Asombroso por su alcance, el acuerdo constituía todo un plan del Gobierno para el futuro de los lakotas: no solo quedaba cerrado el sendero de Bozeman, sino que, además, se concedía a los lakotas una inmensa extensión de tierra. La actual Dakota del Sur, al oeste del río Misuri, se convirtió en la Gran Reserva Sioux para el «uso y ocupación absolutos y sin perturbaciones» de los lakotas. El Gobierno construiría allí escuelas y proporcionaría raciones y anualidades durante treinta años —más tarde reducidos a cuatro por el Senado—. A cambio, se esperaba que los indios se convirtieran en cultivadores de la tierra, es decir, que se *civilizaran*.

El tratado propuesto también concedía a los lakotas derechos de caza al norte del río Platte Norte (aproximadamente la mitad norte de Nebraska) y en el noroeste de Kansas, siempre que quedaran allí suficientes bisontes como para «justificar la caza». Por último, el Tratado de Fort Laramie de 1868 contenía una cláusula redactada de forma ambigua que designaba las tierras al norte del río Platte Norte,

desde el límite occidental de la reserva hasta las montañas Bighorn, como territorio indio no cedido. Aunque no definido con precisión, el límite norte de la zona pasó a entenderse, al menos por parte del Gobierno, como el río Yellowstone. En su totalidad, el territorio indio no cedido abarcaba el actual nordeste de Wyoming y el sudeste de Montana. Ningún blanco podría establecerse allí sin el permiso de los lakotas. No quedaba claro si los lakotas que desearan vivir de la caza en lugar de depender de los subsidios gubernamentales también podrían residir en las tierras no cedidas. En cualquier caso, el dominio lakota debía ser inviolable y la paz permanente. Nube Roja y sus compañeros jefes estamparon sus marcas y casi el 90 por ciento de una población lakota estimada en 40 000 personas se asentó en las recién creadas agencias de Nube Roja o Cola Moteada junto con la mayoría de los pueblos cheyene y arapahoe del norte, mucho menos numerosos. Los pocos miles de lakotas restantes, liderados por Toro Sentado y Caballo Loco, despreciaron el tratado, se asentaron en el territorio no cedido e hicieron incursiones esporádicas contra asentamientos blancos y enemigos indígenas en la periferia.

Aunque no se mencionaban por su nombre en el tratado, dos tercios de las Black Hills –incluidos el barranco boscoso y el arroyo que darían nombre a Deadwood– quedaban dentro de los límites de la Gran Reserva Sioux, mientras que el tercio occidental se hallaba en territorio indio no cedido. El Gobierno había reconocido, en efecto, la posesión lakota del Pahá Sápa a perpetuidad.⁴

Esto no sentó nada bien a los crows, aliados del Gobierno, ni a otros indios de las Llanuras a quienes los lakotas habían expulsado de las Black Hills. Su descontento resultaba comprensible. Los lakotas eran relativamente recién llegados al Oeste. Miembros de la nación sioux, en origen, eran un pueblo de los bosques situados en la parte alta del Medio Oeste. Al desplazarse hacia occidente durante el siglo XVIII, la nación sioux se escindió en tres grupos: los dakotas, un pueblo semisedentario que se mantuvo cerca del río Minesota; los nakotas, que se asentaron al este del río Misuri; y, los lakotas, que lucharon por su forma de vida en las Llanuras del Norte. Los lakotas, auténticos sioux de los caballos y los bisontes presentes en el imaginario popular, constituían casi la mitad de la nación sioux. Estos, a su vez, se dividían en siete tribus: oglalas, brulés, miniconjous, dos calderas, hunkpapas, pies negros y sans arcs, de los cuales los oglalas y los brulés eran los más numerosos. De hecho, estas dos tribus superaban en número a todos los indios no lakotas de las Llanuras del Norte.⁵

Los lakotas, en su marcha hacia el oeste a lo largo de las actuales Nebraska y las dos Dakotas a principios del siglo XIX, se aliaron poco a poco con los cheyenes y los arapahoes, que habían sido empujados a las Llanuras del Norte antes que ellos, y forjaron un vínculo duradero. No fue hasta la década de 1770 cuando los lakotas penetraron en las Black Hills y pasaron, al menos, cincuenta años antes de que dominaran aquella isla exuberante y montañosa rodeada por un océano de praderas al que llamarían «el corazón de todo lo que existe». Los cheyenes y arapahoes del norte llegaron a depender de la generosidad lakota y de los matrimonios mixtos para poder acceder al Pahá Sápa, partes del cual también les había pertenecido en el pasado.⁶

¿Qué hacía que el Pahá Sápa fuera tan querido por los lakotas y tan importante en aquella visión del niño Alce Negro? Para empezar, la magnificencia física del lugar inspiraba sobrecogimiento. Con una altitud media de más de 1600 metros sobre el nivel del mar, las Black Hills se elevan unos 1200 metros sobre la árida y sombría pradera alcalina. Abarcando unos 13 000 kilómetros cuadrados —unos 200 de norte a sur y 100 de ancho—, las colinas inspiraban misterio, riqueza y aventura. Los pinos ponderosa las cubrían y, vistas desde lejos, parecen anormalmente oscuras —de ahí el nombre lakota, *Black Hills* o «colinas que son negras»—, así como los dos brazos gemelos del río Cheyenne —el caudaloso Belle Fourche al norte y el lento y fangoso South Fork al sur— parecen abrazarlas.

El escarpado oasis abarcaba una asombrosa variedad de pináculos y picos de granito y arenisca, crestas y colinas, praderas verdes, barrancos oscuros, bosques densos y arroyos cargados de minerales. Abundaban los ciervos y los alces. También los animales de presa, como el puma, el lobo gris y el oso pardo. Vastas extensiones de frutas silvestres salpicaban el paisaje. Elevadas por encima de la altiplanicie, las Black Hills atraían la lluvia y los rayos del cielo y creaban una isla exuberante y singularmente fértil. Con frecuencia se formaban en aquel lugar violentas tormentas y allí permanecían mientras las praderas y las tierras baldías de los alrededores parecían clamar pidiendo agua. Un fenómeno así, razonaban los lakotas, debía de ser obra de Wakan Tanka y los Seis Abuelos.

A falta de registros escritos de los lakotas, en su mayor parte nos queda contemplar las Black Hills tal y como las percibían los intrusos *wasichu*. «Entrando en ellas —escribió un viajero blanco—, la mente se llena de asombro y admiración al contemplar estas poderosas elevaciones. Pero lo que más agrada a la vista, más que cualquier otra cosa

relacionada con las colinas, en especial después de haber pasado varios días en las llanuras abiertas, son los hermosos bosques de pinos que te reciben por todos lados». Un prominente colono de Deadwood calificó las Black Hills de «parque natural y sanatorio. Es la tierra del bálsamo para los insomnes, de la fuerza para los débiles, del descanso para los fatigados y de la alegría para todos». Un oficial del Ejército, viajero experimentado, estaba de acuerdo y se maravillaba del «aire tan puro y vigorizante, tanto que posiblemente no se pueda encontrar un lugar más saludable en los Estados Unidos».⁷

Con respecto a los lakotas, el Pahá Sápa ofrecía algo más que maravillas naturales y potencial restaurador. Era, a la vez, un santuario y una fuente de recursos; un lugar de poder espiritual sin igual y al tiempo de riqueza material. Como los lakotas creían que todos los lugares estaban impregnados de diversos grados de divinidad, les resultó fácil trasladar su místico «centro del mundo» de la confluencia de los ríos Wisconsin y Misisipi al Pahá Sápa. Los antiguos mitos hallaron un nuevo escenario y nacieron nuevas leyendas para reflejar el carácter único del país conquistado. Durante las primeras décadas en que ocuparon las Black Hills, los lakotas —así como los ocasionales blancos que pasaban cerca—, supuestamente, oyeron espeluznantes explosiones parecidas al estruendo de la artillería que emanaba de los rincones más profundos de la montaña. Los lakotas atribuyeron aquellos fenómenos extraños e inexplicables, que cesaron después de 1830, al lamento de un gran gigante blanco sepultado bajo los desfiladeros más oscuros del Pahá Sápa.⁸

El lugar sagrado más importante que los lakotas asociaban con el Pahá Sápa es una pequeña abertura en un barranco en su extremo sudeste, de la que sopla una brisa fresca, aguda y constante. Se desconoce cuándo o cómo descubrieron los lakotas esta entrada a las cavernas bajo las Black Hills. Sin embargo, la Cueva del Viento, o *Maka Oniye*, el lugar de la «tierra que respira», se convirtió en la fuente de la historia que narra el surgimiento de los lakotas. Era, a la vez, un portal al mundo de los espíritus y el lugar desde el que los lakotas creían que ellos y las bestias cuadrúpedas, entre las que destacaba el bisonte, emergieron por primera vez a la superficie.

Cuando surgieron el hombre y la bestia celebraron una carrera para decidir qué especie tendría derecho a alimentarse de la otra; los ancestros lakotas resultaron victoriosos. Los competidores abrieron un sendero de unos 3 kilómetros de ancho entre las zonas bajas del Pahá Sápa y una empinada cresta elíptica. Llamaron a aquel suelo ho-

llado Pista de Carreras o *Kin Inyanka Ochanku*. El valle aún conserva ese nombre.

Al este de la Cueva del Viento se encuentra el tercer gran hito sagrado de los lakotas, un lugar conocido más tarde por los blancos como el paso del Búfalo. Por allí, medio siglo después de que los lakotas reclamaran el lugar, pasaron miles de personas con destino a Deadwood. Al igual que con la Cueva del Viento y la Pista de Carreras, los lakotas crearon una leyenda para explicar esta entrada en el Pahá Sápa. En los tiempos primigenios no existía tal lugar. Pero cuando las legendarias manadas de bisontes hambrientos y sedientos emergieron de la Cueva del Viento, galoparon con fuerza hacia las frescas aguas y los ricos pastos del Pahá Sápa y sus pezuñas abrieron el desfiladero.⁹

El Pahá Sápa también se convirtió en un elemento central de la cosmología lakota, como lugar donde los jóvenes guerreros de la tribu buscaban y recibían las poderosas visiones que guiarían sus vidas, entre las más profundas de las cuales estaba el sueño de Alce Negro.¹⁰

En la década de 1870, los intrusos blancos llegaron a sostener que los lakotas nunca habitaron las Black Hills. Según su argumento, las violentas tormentas les disuadían de quedarse mucho tiempo. «Estas colinas nunca fueron la morada de los indios, aunque siempre las consideraron con una reverencia supersticiosa —afirmaba un topógrafo—. Ocasionalmente, se hacían viajes a las montañas en busca de postes para las chozas, pero las tormentas que rugen sobre las colinas en primavera, los cegadores relámpagos y continuos estruendos de truenos dejaban claro a los indios que se trataba del lugar donde habitaba el maligno, por lo que se mantuvieron alejados de él».

Las tormentas en las colinas eran, en efecto, frecuentes y las crecidas repentinas podían transformar unos barrancos habitualmente secos en ríos embravecidos que ahogaban a los incautos. Al recordar la «tormenta eléctrica más terrible» que había vivido nunca, un antiguo habitante de Deadwood escribió que «durante un cuarto de hora, la atmósfera parecía estar en un continuo incendio de cargas eléctricas y feroces relámpagos descendían por todos lados, mientras que las explosiones que seguían en rápida sucesión hacían temblar las montañas hasta lo más profundo. No es de extrañar que los indios sientan un temor supersticioso por los fenómenos eléctricos de las Black Hills».¹¹

Los lakotas, ciertamente, temían a aquellas tormentas, que, en su creencia, reflejaban la ira de los malignos Seres del Trueno del Oeste. El miedo los volvía precavidos, aunque no les impedía pasar largas

temporadas en el Pahá Sápa. De hecho, las bandas oglala pasaban regularmente el invierno a lo largo de la Pista de Carreras o en el paso del Búfalo. Ellos y otros lakotas se adentraban en el Pahá Sápa tanto en otoño como en invierno para recolectar los abundantes frutos silvestres, tubérculos, semillas y vainas que aportaban variedad y los carbohidratos necesarios a su dieta y para cazar ciervos y alces. También acampaban en las zonas más elevadas durante la primavera y el verano. Cuando las manadas de bisontes se alejaron de la Pista de Carreras en la década de 1860, menos lakotas frecuentaron las colinas, pero no por ello dejaron de apreciar el Pahá Sápa. «[Cuando] tenía unos quince años oí a Toro Sentado decir que las Black Hills eran como un paquete de comida y que, por tanto, los indios debían aferrarse a ellas —recordaba un jefe lakota—. Yo entendí lo que quería decir porque sabía que las Black Hills estaban llenas de peces, animales y mucha agua y pensé que los indios debíamos mantenernos allí. Los indios vagaban por todas partes, pero cuando necesitaban algo, podían ir allí y conseguirlo». Las afirmaciones interesadas en sentido contrario podían aliviar la conciencia de los blancos codiciosos, aunque tenían escaso fundamento. El obispo William Hare, gran amigo de los lakotas, ofreció una analogía acertada. El apego de los lakotas por las Black Hills «es una pasión —escribió—. Y con razón, porque este territorio es el núcleo de su nuez, la yema de su huevo».¹²

Sin embargo, la yema contenía un elemento contaminante: la *mázaska*. Los lakotas venían recogiendo ya pepitas en los arroyos. «Nuestra gente sabía de la existencia de metal amarillo en pequeños trozos ahí arriba —aseguró Alce Negro—, pero no hacían mucho caso porque no servía para nada». Ya en su vejez, Nube Roja confesó que su pueblo sabía que había oro en las Black Hills al menos desde 1800. Dos décadas después, algunos guerreros imprudentes intercambiaron pepitas por mercancías en Fort Laramie, hasta que el padre Pierre-Jean de Smet, un misionero jesuita muy respetado por los lakotas, les advirtió de que mantuvieran en secreto el conocimiento del oro en las Black Hills. De lo contrario, les previno, los blancos se apoderarían tanto del oro como de su tierra. En aquel momento, los jefes de la tribu se tomaron en serio su advertencia e incluso, en 1857, decretaron durante un gran consejo la muerte para cualquier indio que entregara oro del Pahá Sápa a los *wasichu* o les dijera dónde encontrarlo. Los lakotas y sus aliados cumplieron en gran medida con esa ley, pero el daño ya estaba hecho.¹³

Los rumores relacionados con la existencia de oro en las Black Hills circulaban por todo el Territorio de Dakota, que, en la década de

1860, solo llegaba hasta el río Misuri. Estos relatos se alimentaban no solo de indiscreciones previas de los indios, sino también de las especulaciones de los exploradores del Ejército y los geólogos que habían bordeado las Black Hills con anterioridad a la Guerra de Secesión. También se contaban historias acerca de grupos de buscadores blancos que habían entrado en las colinas y que nunca regresaron.¹⁴

Uno de los que vivió para contarlo fue el famoso montañés Jim Bridger, que se internó en las Black Hills mientras participaba en una expedición militar y vio oro reluciendo en los arroyos. Los trampeiros franco-canadienses, en buenos términos con los lakotas, también relataban historias de oro en las Black Hills. Un codicioso jefe lakota estuvo a punto de perder la vida cuando se ofreció a guiar a un grupo de buscadores desde un fuerte del Territorio de Dakota hasta un yacimiento de oro de las Black Hills. Obligado a abandonar el plan por otros miembros de la tribu que lo amenazaron de muerte, el jefe regresó a hurtadillas al lugar y volvió con una taza llena de polvo de oro —una mezcla de partículas finas, gránulos y escamas— que, según los tasadores, era «de la mejor calidad y tan limpio como cualquier otro polvo de oro jamás descubierto». Un agente indio se jactaba de que los guerreros le traían con frecuencia polvo de oro de las Black Hills, aunque con una advertencia en apariencia contradictoria: cualquier hombre blanco que se atreviera a poner un pie en el Pahá Sápa perdería la cabellera.¹⁵

Tal vez algunas de estas historias fueran apócrifas. Sin embargo, nadie dudaba del padre De Smet cuando, en ocasiones, dejaba escapar ante amigos, oficiales del Ejército u otros interlocutores aparentemente bienintencionados que las Black Hills contenían yacimientos de oro más ricos que los de California. En una entrevista que concedió cuando su barco de vapor atracó en Sioux City (Iowa) en septiembre de 1871, el anciano De Smet malinterpretó el carácter de su interlocutor. El misionero católico habló con libertad y su indiscreción estuvo a punto de provocar la estampida hacia el Pahá Sápa que, justamente, había intentado evitar.

El astuto interlocutor del padre De Smet era Charles Collins, un promotor de 32 años, nacionalista revolucionario irlandés (feniano) y redactor jefe del *Sioux City Daily Times*. Un pícaro tan pintoresco como cualquiera que pudiera proyectar una sombra en las Black Hills. Quienes llegaron a conocerlo en Deadwood lo describieron de diversas maneras: «visionario», «enérgico», «incontenible», «bromista», «cáustico» y «loco». Un cronista benevolente se refirió a él como «un irlandés

de valor y energía indomables, no siempre aplicados de forma práctica, pero poseído de un entusiasmo que nunca reconocía la derrota».¹⁶

Armado con la supuesta confesión del padre De Smet en el sentido de que las Black Hills contenían oro suficiente «para comprar medio mundo», Collins se afanó en abrir la caja fuerte. Otros lo habían intentado, pero habían fracasado en sus expediciones a la zona. En el invierno de 1869-1870, el juez William L. Kuykendall organizó el intento más notable. Desde su oficina en Cheyenne, en el Territorio de Wyoming, publicó anuncios para pedir buscadores de oro. De los 2000 que se comprometieron a unirse a él, solo 130 aparecieron por Cheyenne en la primavera de 1870 para marchar bajo el estandarte de su Black Hills and Big Horn Association. Apenas habían arrancado aquellos cazafortunas cuando el Ejecutivo de Grant ordenó al Ejército que dispersara a la legión de Kuykendall. Por el momento, el juez habría de dejar a un lado sus sueños de riqueza mineral para regresar a su puesto en los tribunales.¹⁷

Collins sentó las bases de su empresa con más minuciosidad. Primero publicó su entrevista con el padre De Smet y, a continuación, junto con varios socios, fundó la Black Hills Exploring and Mining Association. El 1 de marzo de 1872 emitieron una circular en la que afirmaban falsamente que «se ha descubierto oro en cantidades rentables en las Black Hills de Dakota» y que planeaban extraerlo. Collins también salpicó las columnas del *Daily Times* con fábulas sensacionalistas relativas a maravillas y riquezas, que fueron reproducidas en todo el país. Convenció a un congresista de Iowa para que patrocinara un proyecto de ley para abrir las Black Hills y, luego, testificó ante el Congreso acerca de la medida, que, finalmente, murió en la Cámara de Representantes. También presionó al secretario de Interior para que redactara una carta en la que ponía en duda la «necesidad» de las Black Hills para la «felicidad y prosperidad» de los lakotas. Tras su regreso de Washington D. C., reclutó a cientos de voluntarios de los asentamientos del río Misuri para su expedición, que debía partir de Sioux City el 1 de septiembre de 1872. Sin embargo, el globo estalló cuando el comandante del departamento del Ejército ordenó que «cualquier expedición organizada con el propósito de penetrar en las Black Hills fuera disuelta y sus líderes arrestados y llevados a la prisión militar más cercana».¹⁸

Durante un tiempo, los bloqueos del Ejército, la continua productividad de las minas de oro en Montana y Colorado y la prosperidad general de la nación contuvieron aquella fiebre del oro en las

Black Hills. Sin embargo, un año después de la Gran Visión de Alce Negro, una crisis económica internacional alteró por completo ese equilibrio.

NOTAS

1. La naturaleza de la enfermedad casi mortal de Alce Negro sigue siendo incierta. Su biógrafo Joe Jackson postula de forma convincente que se trató de meningitis infantil y observa que aspectos de su visión como el vuelo por el cielo coincidían con las sensaciones experimentadas por quienes se encuentran en un «estado de mínima conciencia» y sobreviven a experiencias cercanas a la muerte. Jackson, J., 2016, 12, 22-24, 54, 57-63; Neihardt, J. G., 2014, 12-14, 18-29; DeMallie, R. J., 1984, 94-99, 118-19, 122, 125, 128, 131, 133, 137, 141. Acerca de la naturaleza de Wakan Tanka, *vid.* Walker, J. R., 1991 (1980), 69-70, 95-103, LaPointe, J., 1976, 7 y Valentine McGillicuddy, «The Great Sun Dance-Red Cloud-and the Preacher», Robinson Collection, SDHS.
2. Jackson, J., *op. cit.*, 65.
3. Neihardt, J. G., *op. cit.*, 6; Paul, R. W., 2001, xiii-xvi, 2, 7, 39.
4. Cozzens, P., 2016, 32-46, 193; Paul, R. W., *op. cit.*, 145; Worster, D., 1992, 120; Hämäläinen, P., 2019, 166, 291, 325; *Allison Commission Report*, 8.
5. Worster, D., *op. cit.*, 121; Albers, P. C., 29 de septiembre de 2003, x-xi, 15, 38, 40-41, 90.
6. Albers, P. C., *op. cit.*, 47, 58, 63, 76, 78; Hämäläinen, P., *op. cit.*, 13-14, 92-93, 126, 169, 174, 192-194, 206, 242; Rosen, P., 1895, 10, 17-18, 30-31; White, R., septiembre de 1978, 333-334; Ewers, J. C., octubre de 1975, 407-408; Calloway, C. G., 2003, 7, 169, 195; Grinnell, G. B., 1972 (1923), vol. I, 9, 32; Kingsbury, G. W., 1915, vol. I, 927.
7. Parker, W., 1966, 4; Ludlow, W., 1875, 13, 14, 66, 75-76; *Black Hills New-Letter*, 25 de junio de 1877; Robinson, C. M. III (ed.), 2003, 175, 181, 185, 190; *Omaha Daily Herald*, 10 de agosto de 1875; Maguire, H. N., 1877, 306; Johnson, H. N., noviembre de 1933, 130; *Ligonier National Banner*, 29 de junio de 1876; McClintock, J. S., 2000 (1939), 7; Slotkin, R., 1985, 325.
8. Worster, D., *op. cit.*, 147-150, argumenta de forma poco convincente que los lakotas no consideraban sagradas las Black Hills, sino que tales afirmaciones reflejan una reconstrucción de la historia tribal por parte de «tradicionalistas lakotas» con el propósito puramente legal de recuperar la posesión del territorio; Hämäläinen, P., *op. cit.*, 16, 18; Robinson, D., 1924, 202; Rosen, P., *op. cit.*, 31, 37-39, 43, 51, 264; Armstrong, M. K., 1866, 53; Maguire, H. N., 1878, 20-21; Palais, H., abril de 1941, 7.

9. Albers, P. C., *op. cit.*, v-vii, 106, 299-300; LaPointe, J., *op. cit.*, 79-80, 84-85; Standing Bear, L., 1933, 17; Sundstrom, L., verano-otoño de 1997, 197; «The Race Track» [<https://www.lakotatimes.com/articles/the-race-track/>].
10. Sundstrom, L., *op. cit.*, 198-200.
11. Janin, L., 1879, 7; Dodge, R. I., 1876, 60-63; McLaird, J. D. y Turchen L. V., primavera de 1975, 422; Ingham, G. T., 1888, 183; *Green Bay Advocate*, 19 de junio de 1879; *Black Hills Pioneer*, 15 de julio de 1876.
12. Walker, J. R., *op. cit.*, 119-20, 155-57, 278-280; LaPointe, J., *op. cit.*, 89, 141-142; Comfort, A., «A Winter Trip to the “Black Hills”», Seth Bullock Papers, 38, YWCA; Waggoner, J., 2013, 444; Albers, P. C., *op. cit.*, iv-v, ix-x, 16, 106-107, 219, 223-224; Hämäläinen, P., *op. cit.*, 191-192; DeMallie, R. J., *op. cit.*, 163-164; Howe, M. A. D. W., 1912, 122.
13. Kingsbury, G. W., *op. cit.*, vol. I, 861-862; Neihardt, J. G., *op. cit.*, 49; Kellar, K. C., 1972, 15; Rosen, P., *op. cit.*, 31; Hämäläinen, P., *op. cit.*, 233-234.
14. Para un mayor detalle de los estudios geológicos y expediciones militares previos a la Guerra de Secesión, *vid.* McLaird, J. D. y Turchen L. V., otoño de 1973, McLaird, J. D. y Turchen L. V., invierno de 1973 y McLaird, J. D. y Turchen L. V., primavera de 1974. Durante la fiebre del oro de 1875 en las Black Hills y la posterior colonización de Deadwood y poblaciones cercanas, los mineros establecidos al norte contaban haber encontrado evidencias de expediciones de prospección anteriores: picos y palas oxidados, viejas ollas de acampada, culatas de fusil rotas, canales de lavado en descomposición, una tabla podrida con el año 1852 grabado, un pozo abandonado y una cabaña derruida, entre otros supuestos hallazgos. Un hombre que más tarde abrió una tienda cerca de Deadwood juraba haberse desviado del camino hacia los yacimientos de oro de Montana con doce amigos en 1863 para buscar oro en las Black Hills. Afirmaba que extrajeron oro en polvo por valor de 180 dólares en tres días, pero que una repentina tormenta de nieve los asustó y los obligó a marcharse. Strahorn, R. E., 1877, 222-223; *Daily Telegraph*, 5 de mayo de 1878; Brown, J. y Willard, A. M., 1924, 28; Bennett, E., 1982 (*ca.* 1928), 248-252; Kuykendall, W. L., 1917, 180-181; Maguire, H. N., 1878, 28-29; *Black Hills Daily Times*, 17 de julio de 1877, 8 de mayo y 8 de junio de 1878; *Omaha Daily Bee*, 12 de julio de 1876; Palais, H., *op. cit.*, 7-11; Parker, W., 1981, 5. La única evidencia duradera de aquellos primeros buscadores de oro blancos en las Black Hills es la llamada Piedra Thoen, cuya autenticidad sigue sin confirmarse. Se trata de una losa de arenisca con una superficie de unos 20 por 25 centímetros y un grosor de, aproximadamente, 6,5 centímetros. En el anverso aparecen escritas a mano las palabras «Llegamos a estas colinas en 1833 siete de nosotros», seguidas de los nombres de las personas en cuestión y, a continuación, «Todos muertos menos yo, Ezra Kind. Asesinados por los indios más allá de la colina alta. Conseguimos nuestro oro en junio de 1834». La inscripción a mano continúa en el reverso y dice: «Tomamos todo el oro que pudimos cargar.

Los indios se llevaron todos nuestros caballos. He perdido mi arma y nada para comer y los indios me persiguen». Louis e Ivan Thoen, dos residentes *respectables* inmigrantes noruegos residentes en Spearfish City, un pueblo en el extremo norte de las Black Hills, hallaron, supuestamente, esta rareza mientras extraían piedra para construcción. Se encuentra expuesta en el Adams Museum and House de Deadwood. «The Theon (sic) Stone», 1916; *Black Hills Pioneer*, 24 de mayo de 2013.

15. *Cheyenne Daily Leader*, 12 de enero y 6 de abril de 1875; *Black Hills Weekly Times*, 16 de septiembre de 1877 y 23 de febrero de 1884; Batchelder, G. A., 1870, 33; William Garnett a Doane Robinson, 12 de noviembre de 1925, Robinson Collection, SDHS; McDermott, J. D., otoño-invierno de 2001, 189; Spring, A. W., 1949, 24-25; Maguire, H. N., 1877, 278-277; *National Republican*, 24 de abril de 1875; McClintock, J. S., *op. cit.*, 2.
16. *Chicago Inter Ocean*, 27 de agosto de 1874; *Western Enterprise* (Deadwood), 1 de marzo de 1879; *Black Hills Daily Times*, 4 de junio de 1878 y 3 de marzo de 1879; *Black Hills Champion*, 27 de agosto de 1877; Tallent, A. D., 1974 (1899), 16; *Cheyenne Daily Leader*, 17 de septiembre de 1875; Conard, J., primavera de 1972, 131-132; [Collins, C.], 1878, 5.
17. Kingsbury, G. W., *op. cit.*, vol. I, 863-874; Foster, J. S., 1870, 31; *Cheyenne Daily Leader*, 31 de enero de 1870; Kuykendall, W. L., *op. cit.*, 136-137; Spring, A. W., *op. cit.*, 25-26.
18. Eriksson, E. M., julio de 1922, 321; (Proclamación) Office of Black Hills Exploring & Mining Association, Sioux City, Iowa, 1 de marzo de 1872, YWCA; Tallent, A. D., *op. cit.*, 5-8; *Chicago Inter Ocean*, 27 de agosto de 1874; [Collins, C.], *op. cit.*, 6-19.

DESPERTA FERRO

Libro completo [aquí](#)

EDICIONES



Deadwood fue descrita en su día como «la ciudad más diabólica sobre la faz de la tierra», un ombligo de pecado que emergió a comienzos de 1876 en las Black Hills (Dakota del Sur), excrecencia de la fiebre del oro que convocó allí a miles de mineros, buscavidas, pistoleros, prostitutas y mercachifles. Una ciudad de barracas infectas, de *saloons* donde corría el alcohol y de habitantes de dudosa moralidad y de gatillo fácil, pero que apenas tres años después fue asolada por un pavoroso incendio, cual purificador castigo bíblico. Un lugar destinado a alimentar la imaginación y la mística del salvaje Oeste, poblado de personajes legendarios desde *Wild Bill* Hickok, *Calamity Jane* o Caballo Loco.

Peter Cozzens, autor del aclamado *La tierra llora*, ha desnudado minuciosamente capas y capas de mitos y leyendas –desde novelas baratas del siglo XIX como *Deadwood Dick*, hasta la exitosa serie dramática de HBO, pasando por las vallas publicitarias de los casinos de la actual Deadwood– para desvelar la verdadera historia de Deadwood, alejada del romanticismo con el que Estados Unidos ha cimentado ese mito fundacional que es la conquista del Oeste. Erigida en tierras robadas descaradamente a los lakotas, Deadwood no era solo un lugar donde acechaban los forajidos, como Tombstone o Dodge City, sino que era en sí misma una empresa al margen de la ley, situada fuera del territorio estadounidense y que no se sujetaba ni a las leyes ni al Gobierno de Estados Unidos: era el revólver quien imperaba. Una falta de normas que, por otra parte, fomentó una autosuficiencia y un espíritu de cooperación propios de la frontera y que convirtió a Deadwood en un lugar excepcionalmente acogedor para los afroamericanos y los inmigrantes chinos en una época de profunda discriminación.

Deadwood revela cómo una ciudad fronteriza llegó a encarnar lo mejor y lo peor del salvaje Oeste: un ejemplo del eterno reto de la humanidad para crear orden a partir del caos, de superar la codicia individual en pos del bien colectivo y de conseguir seguridad y superar la violencia, entre tiroteos, asaltos a diligencias y *whisky* a raudales.

ISBN: 979-13-990788-1-7



9 791399 078817

P.V.P.: 27,95 €

**HISTORIA
DE AMÉRICA**